

Cuento ingénuo

Estaba como desterrado de la sociedad de los hombres. Había cometido el imperdonable pecado de pensar por sí mismo y el rebaño humano había lanzado un alarido de reprobación ante su audacia. Los hombres se apartaban de él como de un apestado y las hermosas mujeres se refan despreciativamente de su melena descuidada y de las anchas alas de su sombrero viejo. Su primera obra había levantado una tempestad de protestas; los hombres no pueden perdonar nunca que se les muestre como son.

Él, tan fuerte, tan animoso, tan ensoñador, tuvo una época de desaliento. No había ni siquiera, como allá en los tiempos bíblicos, un compasivo Cireneo que le ayudara á llevar la cruz. Vaga sólo por las calles, como un criminal á quien se le niega hasta la suprema limosna de una bella palabra de perdón y de aliento.

Así aquella tarde, cuando sintió sed, frente á la rubia niña de quince abriles que le miraba desde sus ojos asombrados.

— Princesa: un poco de agua para calmar la sed.

Ella le alargó el vaso desbordante, con las manos temblorosas.

— Gracias princesa.

Ella se turbó; él también. Los ojos negros y los ojos azules, cruzaron una misteriosa mirada de simpatía. Y así quedaron unidos por la magia de aquella agua bendita y fresca.

Las campanillas multicolores de la glorieta me lo han contado. Oíd:

— Yo te quiero princesa. Te quiero porque eres bella como un ensueño; porque jamás reina alguna, ha lucido sobre su cabeza una corona más bella, que la rubia cabellera de oro que despliega su riqueza prodigiosa sobre la esplendidez de tu vasta frente anacorada. Yo te quiero porque te encontré en mi camino como una luminosa estrella para guiar mis pasos; porque cuando más necesitaba de consuelo viniste á alegrar mi vida con el sereno encanto de tus ojos. Yo te quiero porque me amas ahora que todos me rechazan

y maldicen; porque has secado las lágrimas de mis ojos y el sudor de mi frente; porque has iluminado mis sombras con la divina inocencia de tus quince años!. . . Por todo eso te quiero, princesa. . .

— Y yo también te quiero. Te quiero porque hace mucho tiempo te esperaba y estaba segura de que vendrías á mí. Te quiero porque te ví sudoroso y cansado; porque necesitabas de una blanca mano que se tendiera para ayudarte y de unos ojos amorosos que te miraran con ternura; porque te ví sin madre, sin hermana, sin novia, para ser tu novia y tu hermana y tu madre. . . Te quiero porque todos te odian, porque nadie te quiere, porque así eres más mío y nadie me disputa tu cariño. Te quiero porque tus cabellos están desordenados y tu ropa descuidada y sucia y tu pobre alma llena de amargura. Te quiero porque me parece que vienes á mí de lejos, como una música misteriosa que se escucha en el silencio de la noche... yo te quiero. . .

Y después... pero ¿para que son los labios frescos y rojos y los brazos adolescentes temblorosos de ansias y de cariño?

El poeta triunfó entre los hombres. Aquella tierna niña, había llenado de vigores nuevos su corazón y le había dado nuevas fuerzas para proseguir la lucha. Su segundo ensayo fué afortunado. Había brillado como un sol y no había más remedio que reconocerlo. La gloria, esa diosa esquiva y huraña, lo había besado en la frente.

Volvió hacia su princesa á los pocos días. Iba alegre como una canción á deponer á los piés de aquella dulce alma el fruto de sus trabajos y de sus amores. ¡Oh!; ¡y como se iba á alegrar ella!

Se había vestido correctamente con un bello traje de paño reluciente y nuevo. Había hecho caer bajo los golpes crueles de la tijera, aquella desordenada melena que se enroscaba bajo las amplias alas de su sombrero viejo. Estaba más hermoso ¿no es cierto?

Cuando ella lo vió, abrió inmensamente los inmensos ojos.

— Aquí estoy princesa, — le dijo él con un gesto de triunfo, — la victoria ha sido nuestra por esta vez; tuyos y míos son los laureles... pero, ¿que tienes?

Una gran tristeza había oscurecido el bello rostro de la princesa.

— ¿Que tienes?

Tardó en contestar.

— Ya no eres tú... yo quiero al pobre peregrino que me pidiera agua fresca para apagar su sed. Yo quiero á aquel triste y perseguido que puso en mí todos los amores porque no tenía nadie más que lo quisiera. Yo quería al desterrado y al maldito... ¡y ya no lo eres tú! Yo quería á aquel que se presentó ante mí con el cabello revuelto y el traje desordenado y sucio... ¡y ya no lo eres tú! Ya no eres odiado sinó aplaudido... no te persiguen sinó te buscan. Ahora tendrás amigos y tendrás bellas mujeres que te amarán porque tienes gloria, yo quise al que en tí había, ahora ya no te quiero porque eres otro para mí. Ya no hay lágrimas en tus ojos ni pesares en tu corazón. Yo te quise mientras no te quiso nadie. Y ahora; ¡ahora!...

Y sacudida por los sollozos y abrumada por el martirio, aquella divina cabeza coronada se desplomó lamentablemente sobre la desolación de los brazos puestos en cruz.

ALBERTO LASPLACES.

Montevideo, 1909.

El Andamio

Sobre el tablón, sustento de su vida y amenaza perpetua de su muerte, la blusa por el aire sacudida, igual que su existencia por la suerte, el albañil emprende su tarea y alegre, joven, con el alma llena de esperanza y amor, suda y se afana, entonando un cantar que al cielo sube envuelto en una nube de cal, que dora el sol de la mañana.

Un día y otro desde aquellos años que son tan cortos y huyen tan de prisa,

en que no tienen voz los desengaños y que saben las lágrimas á risa, fué aquel tablón su anhelo más querido. El aprendiz que á él sube ya ha vencido, ya es un hombre de obrero consagrado. Allí el bautismo del trabajo se halla como está el del soldado en el sangriento horror de la batalla.

Hasta él llega por fin; á él reunida su historia se halla; aquel madero es toda su fortuna el compañero constante de la lucha por la vida; firme sobre él prosigue su tarea; la blanca blusa en el espacio ondea; tras un combate formidable y duro cede el tapial del músculo al empuje y, oscilando en el muro, el hombre canta y el tablado cruje.

Canta; pero talvez en sus canciones hay vibraciones de clarín de guerra; ecos sordos de ahogadas maldiciones contra los poderosos de la tierra. Talvez al contemplar desde la altura de aquella tabla rota é insegura la multitud que goza y se divierte, sienta brotar del fondo de su pecho apetitos de muerte y oleídas de rabia y de despecho.

Tal vez llegue á pensar que en la morada donde dejó pedazos de su vida, por él, piedra tras piedra levantada, por él, golpe tras golpe construída, habitará el burgués, el caballero que tiene por insulto y por ultraje el que roce la blusa del obrero el satinado oño de su traje. Talvez lo piense al pensarlo cante haciendo del cantar grito de guerra y queriendo decir con arrogante voz, á los poderosos de la tierra:

Desde esta humilde tabla os desafío; miradme bien: vuestro edificio es mío: mío desde el remate hasta la planta; mío porque mi mano lo construye; y esta mano, es la mano que levanta pero es también la mano que destruye!

JOAQUÍN DICENTA.